

ABC

DON ANTONIO

A Sí le llamábamos sus amigos y sus propios hijos. Era un gran personaje. Lo había sido siempre. Impresionaba su porte, su estilo, su palabra, una distancia medida que le permitía contemplar las cosas en conjunto, sin perderse en los detalles.

La última vez que le vi fue el día de su centenario. En su casa con todos los suyos, rodeado de cuadros, retablos, bargueños, su precioso Monet y el inconfundible Benjamín Palencia, su fiel amigo. Acababa de visitarle la Reina para entregarle la carta de S.M. el Rey, concediéndole el título de marqués de Garrigues. En aquel escenario, él era sin duda el actor principal pero sin dejar de ser espectador. Sentado con la misma elegancia de su época de embajador, se le veía mirar más allá del tiempo y del espacio, con esa dignidad inconfundible que ha mantenido hasta el último instante.

Al hacer memoria, con la tristeza inmensa de su muerte, de mi último largo encuentro con él, hace ya meses, recuerdo muy bien nuestra conversación sobre temas que tantas veces habíamos hablado: la paz, la convivencia, la tolerancia y al preguntarme por los trabajos de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, a la que los dos pertenecíamos, me referí a un debate sobre Europa y las tradiciones éticas. Con gran lucidez fue discurrendo sobre la ética cristiana, apoyada en la trascendencia y la autonomía. Para él, la trascendencia encontraba su razón de ser en su incardinación radical en «algo otro», y en la autonomía, que instituye a la persona, en núcleo soberano de todas las imputaciones. Y al referirse a la ética laica, don Antonio expresaba, desde la profundidad y el rigor de su pensamiento sólido y bien trabado, la dificultad de que una existencia inspirada en normas de altruismo, sinceridad, justicia, solidaridad, pudiera alcanzar su plenitud, si un valor absoluto de la norma, no está fundada en principios metafísicos o en un Dios personal tal y como se ha revelado a los hombres en la persona de Cristo.

Conocí a don Antonio en los años cincuenta, no sé si en las reuniones que él presidía en Maldonado, en la Casa Profesa de la Compañía de Jesús, o tal vez en las Conversaciones Católicas de Gredos, donde se dialogaba con el padre Quejazu y se anticipaba ya al Concilio Vaticano en el ecumenismo y en el respeto a la libertad de conciencia. Desde entonces empecé a tratarle con cierta asiduidad en Madrid, en Washington, en Roma, y me impresionó siempre su voluntad de no rehuir, eso sí, con mesura y con templanza, los temas difíciles y comprometidos, en busca de la luz que él perseguía siempre, aunque fuera una luz tenue, un rescoldo, usando las sombras únicamente para lo que están hechas, para poner de relieve la claridad.

Antonio Garrigues era, por encima de todo, un hombre de fe: muchas veces recordaba el sentido profundo de la vida, un sentido a veces sombrío y siempre misterioso. Pero era consciente de que incluso —o sobre todo— en épo-

**En lo que más destacaba
Antonio Garrigues era
como conversador, como
enamorado de la vida, de la
libertad, de la justicia,
de la solidaridad. Pasear
con él era saltar de las
letras a las artes, de la
filosofía a la sociología,
de la religión a la teología
con su chispa de humor,
que le ha acompañado
hasta los últimos instantes**

cas de crisis, de duda, de vacilación, lo único que lo mueve todo, hasta las montañas, es la fe del hombre, y todo lo demás es secundario, es subsidiario.

Originario de Murcia y de Almería, donde buscó su arraigo, encontró su apellido en muy diversos países y solía decir, la maravilla que sería contemplar, desde la otra vida, todas las incontables sangres afluyentes que se encuentran y convergen en cada uno de nosotros, esculpiendo nuestra personalidad.

Su vocación no era puramente la de jurista; se sintió atraído desde muy joven por la filosofía, la literatura, el arte, el humanismo, en suma, la cultura. «He sido y soy, decía, un lector y un vividor insaciable». El personaje histórico que consideraba más fascinante era el Rey David; y como mujer, María Magdalena.

Profundo creyente, lejos del fanatismo y del profesionalismo católico, no le espantaba la idea de la muerte y recordaba siempre que para el creyente, cuando muere, la vida no acaba, se transforma; pero, ¡qué penoso es que no se transforme de otra manera! Una muerte tan escondida que no se sintiera venir. Y si tuviera que escoger un epitafio, dijo alguna vez, escogería este: «Quiera Dios que me entierren los vivos, no los muertos».

En 1962 como embajador en Washington, conoció a John F. Kennedy y tuvo con él una relación muy por encima de lo que es habitual en un profesional de la diplomacia. En la negociación con los EE.UU. logró un status de cuasi alianza, que era el más alto que se podía conseguir eludiendo la intervención del Senado americano, que hubiera hecho muy difícil el acuerdo en las circunstancias de aquel tiempo.

En Roma, fue un extraordinario embajador ante la Santa Sede, y evocaba con frecuencia que en aquellos años, el día más feliz fue cuan-

do se proclamó a Santa Teresa Doctora de la Iglesia. Santa Teresa, con cuya lectura su mujer, protestante, había salvado todas sus resistencias para alcanzar la fe católica. Y el día menos feliz, cuando el Santo Padre, en un discurso a los cardenales, aludió a España entre los países que especialmente le causaban más preocupación. Cuánto se desvivió como embajador para hacer comprender en las dos laderas, la necesidad de superar los obstáculos y, junto al ministro Castiella, fue el gran impulsor de la ley de libertad religiosa en España.

Testigo excepcional del Concilio Vaticano II, evocaba del mismo el concepto de dignidad de la persona humana, como fundamento de la libertad religiosa y cómo la libertad de conciencia debe valer para todos, incluso para los que obran en contra de la voz de su propia conciencia.

Republicano en su juventud, se convenció pronto de la incapacidad de la República de asmir a todos los españoles. Y en los tiempos más antimonárquicos del régimen de Franco constituyó un grupo político pro-Monarquía de Don Juan, junto con un grupo de amigos, manifestándose convencido de las virtudes de la Monarquía.

En su época de embajador, redactó un texto para una reestructuración del sistema español y durante el tiempo que ejerció funciones públicas, tuvo siempre una preocupación casi obsesiva por sentar las bases para el tránsito de un régimen autoritario personal, a un régimen institucional bajo una Monarquía democrática. Como ministro de Justicia en el primer Gobierno del Rey, anunció el establecimiento de la unidad jurisdiccional, la regulación del proceso penal en un código eficaz, un nuevo texto procesal inspirado en el respeto debido a la dignidad inherente al ser humano.

Pero en lo que más destacaba Antonio Garrigues era como conversador, como enamorado de la vida, de la libertad, de la justicia, de la solidaridad. Pasear con él era saltar de las letras a las artes, de la filosofía a la sociología, de la religión a la teología con su chispa de humor, que le ha acompañado hasta los últimos instantes.

Pero por encima de todo, don Antonio fue un cristiano que vivió su vida cristianamente y se comprometió siempre a vivir la fe, y lo hizo en todos los frentes, y no solamente en el piadoso. Solía citar, como fragmento poético entrañable, el soneto de Quevedo sobre el amor, más fuerte que la muerte.

*«Médulas que han gloriosamente ardido
podrán morir, pero tendrán sentido.*

Polvo serán, mas polvo enamorado».

Ahora también don Antonio, sobrevive a la muerte. Porque supo dar a la vida su valor real, en un claroscuro abierto a la esperanza de la vida mejor y más bella.

MARCELINO OREJA AGUIRRE

de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas